RAYMOND TROUSSON

DIDEROT

UNA BIOGRAFÍA INTELECTUAL

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2011 ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Diderot*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2007 by Éditions Gallimard
© de la traducción, 2011 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Obra publicada con la ayuda del
Centre National du Livre,
Ministerio francés de cultura

Ilustración de la cubierta, retrato de Denis Diderot,
carboncillo de 1766, de Jean-Baptiste Greuze

ISBN: 978-84-15277-08-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 13 103-2011

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

BUSCAR EL PROPIO CAMINO

A comienzos del siglo XVIII, hacía mucho tiempo que en Langres, pequeña ciudad de unas ocho mil almas, se conocía a los Diderot. El primero de ellos es mencionado, a partir de 1438, en las listas del recaudador de impuestos de la ciudad. Desde entonces, el linaje dio obreros, boneteros, sastres, campesinos, zapateros, oficiales de justicia y, sobre todo, cuchilleros, numerosos en esta región rica en hierro. Gente modesta, proba, trabajadora y prosaica que no han dejado huella más que en los minutarios y registros de bautismo. Amantes de todo lo que fuera sólido, del ahorro, de lo común y corriente. Ninguna hazaña, ninguna acción memorable; solamente esta transmisión obstinada, absurda, de la vida para que un día, como un lejano aval, aparezca el primer Diderot que arme ruido.

Por el lado materno, los Vigneron son en su mayoría curtidores, pero con frecuencia también clérigos. Un tío del escritor es canónigo, otro cura, y hay también dos tíos abuelos canónigos, y luego uno más, pero este Diderot es fraile dominico. Es que la ciudad es una ciudad devota: procesiones y bendiciones, rogativas y devoción al Santísimo marcan el ritmo de la vida diaria, como en tantas otras ciudades de provincias. La vida allí es un tanto monótona y, tras el oficio religioso dominical, no hay, para matar el tiempo, más que el paseo bajo los tilos del parque de Blanchefontaine.

El 19 de enero de 1712, Didier Diderot, maestro cuchillero nacido el 14 de septiembre de 1685, se casa con Angélique Vigneron, decimotercera hija de un comerciante en curtidos, nacida el 12 de octubre de 1677, una unión ben-

decida por el propio hermano de la recién casada. Cosa no frecuente en la época, Didier tiene veintisiete años, Angélique, treinta y cinco. Los recién casados no son ricos, pero su posición económica les sitúa entre los artesanos acomodados.

Su descendencia habría podido ser numerosa, pero la mortalidad infantil es elevada y, de siete hijos, sólo sobrevivirán tres. En noviembre de 1712 nace un varón, que muere casi de inmediato. El segundo es Denis, el escritor, nacido el 5 de octubre de 1713 en el número 9 de la place Chambeau—hoy place Diderot—y que es bautizado al día siguiente en la iglesia de Saint-Pierre. A continuación nace, en enero de 1715, Denise, a la que Diderot llamará cariñosamente «hermanita». Una tal Catherine muere en agosto de 1718, a la edad de unos dos años, y en abril de 1719 viene al mundo una nueva Catherine, que morirá asimismo a temprana edad. Luego hubo otra muchacha, Angélique, en abril de 1720, que sería ursulina y murió loca a los veintiocho años. Un segundo varón, Didier-Pierre, nació, por último, en marzo de 1722.[1]

Discreto acerca de sí mismo, Diderot no ha dejado confidencias sobre los suyos. Parece que sintió un gran cariño por su madre, aunque la cita raramente. Angélique Vigneron falleció a los setenta y un años, el 19 de octubre de 1748, y su desaparición, tras cinco años sin verla, le apenó profundamente. Nada se sabe de ella, salvo que debió de rodearle de ternura. De ahí ese grito, en 1770, en el *Viaje a Bourbonne*: «¡Oh, tú, que calentabas mis pies fríos en tus manos! ¡Oh, madre mía!… ¡Qué triste estoy!».[2]

De su padre, por el contrario, Diderot habla siempre con

[1] L. Marcel, *Le Frère de Diderot*, París, Champion, 1913.
[2] *DPV*, XX, p. 147.

respeto y admiración, pese a todo lo que les oponía. ¡Y Dios sabe lo diferentes que eran, el artesano respetuoso de las tradiciones, celoso de su autoridad, profundamente creyente, y el hijo impaciente por liberarse de todos los yugos, materialista y ateo!

Trabajador y ahorrativo, Didier Diderot pudo comprar algunos viñedos y tierras y a su muerte dejó alrededor de seis mil libras de renta. Capaz y honrado, se había especializado en la fabricación de lancetas, escalpelos y otros instrumentos de cirugía y gozaba en su oficio de una reputación sólo igualada por su intransigente probidad. Caritativo sin ostentación, llorado por los pobres que siguieron su cortejo fúnebre en 1759, era de una piedad un tanto estrecha y popular quizá, pero sincera y sin beatería. En la memoria de su hijo, es el artesano que ha dejado su impronta, y lamentaba que el anciano no hubiese venido a París, donde él le hubiera ayudado a instalarse, al estilo de Greuze, «con sus ropas de obrero, destocado, los ojos alzados al cielo y la mano extendida sobre la frente de su nieta, a la que habría bendecido».[3] Diderot se sentirá siempre orgulloso de su padre cuchillero al igual que Rousseau se sentía orgulloso de su padre relojero. En uno y en otro hay el mismo respeto por sus orígenes.

Con el tiempo y la distancia, se creará el mito en el recuerdo de Denis, que hará de Didier el personaje central del *Coloquio de un padre con sus hijos*, de una conciencia escrupulosa, un hombre cuerdo respetado, con una vida de hombre probo y, con el correr de los años, le gustará pensar que se le parece. Cualesquiera que fuesen las razones para disgustarles, sus padres contaron para Diderot, y cómo se emociona en 1770, al volver a Bourbonne y a Lan-

[3] *C*, II, p. 195, 3 de agosto de 1759.

gres, y al rememorar el pasado, su juventud, que responde tan poco a las esperanzas de los suyos, exclama, exagerando sus culpas ante sí mismo: «Es medianoche. Estoy solo, me acuerdo de esa buena gente, de los buenos padres que tuve; y cuando pienso que pasaron por todas las inquietudes que había de crearles el destino de un joven violento y apasionado, abandonado sin guía a todos los incómodos azares de una capital inmensa, morada del crimen y de todo vicio, mi corazón se encoge. [...] Yo fui la causa de la desgracia de mi madre, del dolor de mi padre, mientras vivieron».[4]

Diderot habló poco de los otros miembros de su familia. No dijo nada de su abuelo, su padrino, que no falleció hasta 1726, así como nada tampoco de sus numerosos tíos, tías y primos, ni de sus dos hermanas llamadas Catherine, ambas muertas muy jóvenes. Nada, por último, sobre esa Angélique, novicia en las Ursulinas de Langres, cuyo destino trágico encontrará eco en *La religiosa*.

No ocurre lo mismo con Denise, la abnegada «hermanita», dos años menor que él, que le sobrevivió hasta 1797. Poco instruida y muy piadosa, poseía buen sentido y juicio, hasta el punto de que su hermano la llamaba entre risas «Sócrates hembra». Nunca dejó Langres y murió solterona, dedicada a administrar los bienes de la familia con competencia. Fue ella quien, durante quince meses, cuidó del viejo cuchillero hasta que exhaló su último suspiro. Diderot la quería tal como era, gruñona, regañona y risueña a la vez.

Con su hermano Didier-Pierre es otro cantar. Carácter seco y dogmático, se convertirá en canónigo de la catedral y no perdonará jamás a Denis su escandalosa filosofía. Los dos hermanos tuvieron más de una agria disputa y no se

[4] *DPV*, XX, p. 146.

apreciaban en absoluto, pues Denis consideraba a Didier deformado por una fe sectaria y mortecina. Es cierto que cumplía sin restricción sus deberes sacerdotales, que era caritativo hasta privarse él mismo, pero inspiraba respeto, no afecto. Con el paso de los años, los lazos se distenderán hasta la ruptura.

No conocemos gran cosa del Diderot niño. Todo lo más que sabemos, gracias a su hija, es que a la edad de tres años, llevado para su edificación ante la horca de la colina de las Fourches para asistir a una ejecución, se puso enfermo. Cursó sus primeros estudios en Langres, en el colegio jesuita convertido, por una paradoja que le hubiese hecho sonreír, en el Instituto Diderot. Era un viejo edificio, con una disciplina estricta, una enseñanza tradicional basada en la vieja *Ratio studiorum*. Mucho latín, muy poco griego, nada de matemáticas, la enseñanza de las ciencias pospuesta hasta la clase de filosofía. Diderot se ve a sí mismo ocasionalmente como un alumno turbulento, pero brillante, que aprendía sin esfuerzo, aunque impaciente ya por sacudirse el yugo del *magister dixit*. Indisciplinado, la férula le pesa. Cansado, pretendió renunciar a los estudios y hacerse cuchillero. El capricho le duró una semana y Denis retomó sus libros y volvió al colegio diciendo: «Prefiero la impaciencia al aburrimiento».[5] Después de todo, los jesuitas, buenos pedagogos, no le dieron una mala formación, al menos en lo que a las letras antiguas se refiere: excelente latinista, sabrá comentar a Virgilio y a Horacio, a Perseo, a Séneca o a Lucrecio; como helenista—cualidad mucho más rara—, será ferviente lector de Homero, de Platón y del teatro griego. Contó su regreso triunfal de un reparto de premios, con los brazos cargados de libros y la frente corona-

[5] *DPV*, I, p. 10.

da de laureles. El cuchillero le esperaba en el umbral de la puerta: «En cuanto me vio a lo lejos, dejó lo que estaba haciendo y avanzó hacia la puerta y rompió a llorar. ¡Es hermoso ver llorar a un hombre de bien y severo!».

Pero si quería justificar las esperanzas de sus padres puestas en él, era necesario, por otra parte, ser buen alumno. El tío canónigo de Denis disponía de una lucrativa prebenda. Al no excluir la vida piadosa una carrera rentable, se había pensado en reservarle la herencia de Didier Vigneron. Así pues, el 22 de agosto de 1726, Denis recibió la tonsura «por provisión», primer grado de la clericatura para la que bastaba con saber leer y escribir y haber sido instruido en las principales verdades de la religión. Diderot fue, pues, abate, lo cual no autorizaba a administrar los sacramentos, sino a llevar únicamente calzón negro, la capa corta y el alzacuello blanco, y sobre todo a aspirar a un beneficio eclesiástico. El 19 de abril de 1728, sintiendo próximo su final, el canónigo resignó su prebenda en favor de su sobrino, pero los miembros del Capítulo impugnaron su elección y le intimaron a designar a otro heredero. Obstinado, Vigneron convocó a un notario apostólico, confirmó su decisión en presencia de dos testigos y expidió un mandatario a Roma. Por desgracia, el tío fallecía el 20 de abril, antes de que el Vaticano hubiese aprobado su decisión.[6] «Y he aquí—concluyó no sin sorna Diderot en el *Coloquio de un padre con sus hijos*—, un canonicato y mil ochocientos francos perdidos».

Una vez arruinadas estas bonitas esperanzas, había que proseguir los estudios. El cuchillero consideró que había llegado el momento de mandar a su hijo a París. No era

[6] L. Marcel, «Diderot écolier», *Revue d'histoire littéraire de la France*, XXXIV, 927, pp. 377-402; A. M. Wilson, *Diderot*, París, Laffont, 1985.

consciente de que consagraba así la ruptura definitiva de Denis con una provincia a la que no volverá más que muy raras veces. Sabiendo que su padre estaba enfermo, pero viéndose él mismo retenido en París por los problemas de la *Enciclopedia*, escribirá en mayo de 1759 a Grimm, de paso por Langres: «Yo estaba ausente cuando falleció mi madre. Mi padre morirá sin tenerme a su lado». En efecto, el maestro cuchillero Didier Diderot se extinguirá algunos días después sin haber abrazado a su hijo.

Si los años langresanos de Diderot son mal conocidos, no es que se conozcan mejor los que van desde la partida de su ciudad natal hasta su casamiento.

Ni siquiera existe seguridad sobre la fecha de esta importante marcha. ¿Cursó su retórica en Langres entre 1728-1729 o en París? Y en este caso, ¿en dónde le matriculó su padre? Según su hija, Madame de Vandeul, en el colegio jansenista de Harcourt. Pero en su *Carta sobre los sordomudos*, Diderot dice haber tenido por maestro al padre Porée, que enseñaba en el colegio Louis-le-Grand. Ello fue, dijo, «hace treinta o cuarenta años», o sea, en 1721, cuando tenía ocho años, o bien en 1711… cuando todavía no había nacido. Es evidente que trataba de ocultar las pistas y de esconder la identidad del autor de la *Carta*. Además, Diderot hizo el elogio de Dominique-François Rivard, que enseñaba matemáticas en Harcourt. En pocas palabras, Diderot puede, pues, haber estudiado la retórica* en los jesuitas y sus dos años de filosofía en los jansenistas.

¿Y luego? Durante largo tiempo se creyó que allí habían

* En la enseñanza francesa, hasta 1885, el equivalente al bachillerato superior.

terminado sus estudios, pero hoy sabemos que cursó un ciclo completo de teología en la Sorbona.[7] Él mismo así lo confesó: «Llego a París. Iba a vestir la toga y a instalarme entre los doctores de la Sorbona».[8] El 6 de agosto de 1735, la universidad le entregaba el documento acreditativo de que había terminado, no sólo los dos años de filosofía que le convertían en maestro, sino también tres años de teología, diploma que le permitía aspirar a un beneficio eclesiástico. Y así lo hace el 6 de octubre cuando solicita su presentación al obispo de Langres. Una vez nombrado, es preciso solicitar la inscripción en el registro de la escribanía de asientos eclesiásticos de su diócesis y renovar el trámite anualmente. No lo hizo. Cuando recibió, el 13 de diciembre, su estatuto de graduado electo, había que elegir. Diderot decidió no seguir adelante.

Después de haber tenido que olvidarse del canonicato de su tío Vigneron, Denis siguió sin rechistar la voluntad paterna. Pero, desde sus estudios de filosofía, parece sentir interés por la teología y la metafísica. «Sus maestros—dice de sí mismo—nunca consiguieron vencer su desagrado por las frivolidades de la escolástica. Pusieron en sus manos unos cuadernos de aritmética, de álgebra y de geometría que devoró. Llevado a continuación a unos estudios más gratos, disfrutó con la lectura de Homero, de Virgilio, de Tasso y de Milton, pero sin dejar nunca de volver a las matemáticas».[9]

Pero, si prosiguió sus estudios de teología, fue sin duda por obedecer el deseo de sus padres y porque habían de llevarle a una profesión, por lo demás abrazada sin entu-

[7] B. T. Hanna, «Diderot théologien», *Revue d'histoire littéraire de la France*, LXXVIII, 1978.

[8] *OV*, IV, p. 730. [9] *OV*, I, p. 877.

siasmo, puesto que no tenía vocación. Había de reconocer, en el *Salón de 1765*, su fascinación por la pompa de las manifestaciones religiosas, el fervor popular del Día del Corpus, el espectáculo de la procesión de los curas con sus paramentos sacerdotales y portando el Santísimo, pero si esta emoción es profunda es por estética, no por religiosa.

Podemos imaginar la decepción de los suyos, pero ¿qué hacer, sino dejar tomar otro camino al insumiso? ¿Quizá la abogacía? Mientras tanto pasaron algunos meses, lo que acabó por irritar los ánimos. Denis estaba por entonces hospedado en casa de un cuchillero langresano llamado Foucou. El 23 de mayo de 1736, el padre de Diderot le hizo saber que no le mandaría ni un cuarto más por los gastos ocasionados por su hijo si el joven se obstinaba en su negativa a entrar a trabajar con un procurador.[10] Le metieron, pues, en un gabinete: «Pasó allí dos años», dice su hija.[11] Aunque Diderot se esforzó entonces por tomárselo con paciencia, tampoco esta vez mordió el anzuelo como no lo había hecho con la teología. Era muy poca cosa para él. Al diablo los libros de derecho y los manuales de derecho procesal, nos informa Madame de Vandeul: le robaba a su patrón todo el tiempo posible para entregarse a sus queridas matemáticas, a las letras, al estudio del latín, del griego, del italiano, del inglés. Su procurador se quejó de ello. El cuchillero puso a su hijo en la tesitura de elegir de una vez por todas: o médico, o procurador, o abogado. «Dejadme pensármelo», fue la respuesta de Denis. Puesto entre la espada y la pared, acabó declarando que no quería ser ni abogado, ni procurador, ni médico. El padre replicó con

[10] *C*, I, p. 23.

[11] *DPV*, I, p. 12. Naigeon dice «algunos meses». Más adelante se verá cómo puede explicarse esta contradicción.

un ultimátum: o labrarse un porvenir o volver a Langres. Ni lo uno ni lo otro, dijo tajantemente Diderot, que dejó plantado a su procurador. Así desafiado, su padre, como en un drama burgués, le cortó todo suministro. Denis, dirá su hija, iba a pasar «diez años enteros abandonado a sí mismo, unas veces con buenas, otras mediocres, por no decir malas compañías, entregado al trabajo, al dolor, al placer, al aburrimiento y a la necesidad». ¿Diez años? Es mucho, y aunque sí estuvo dos años con el procurador, tal vez fuesen cuatro o cinco.

A partir de entonces había que ganarse los garbanzos. Puesto que le gustaban las matemáticas, ¿por qué no dedicarse a enseñarlas? Así pues, se buscó unos chavales flojos en álgebra o en geometría, pero el oficio apenas si le daba para ir tirando. De vez en cuando se presentaba una bicoca. Tal fue el caso cuando conoció a un misionero que partía para las colonias portuguesas. Falto de inspiración, el santo varón le encargó seis sermones a cincuenta escudos cada uno y Diderot se acordará de ello como de uno de los buenos negocios de esa etapa de su vida.

Su padre se mantenía en sus trece, no sin verse obligado de vez en cuando a hacer alguna que otra contribución, pues, cuando amigos del cuchillero estaban de paso por París, el muy pillastre de Denis les sonsacaba pequeñas sumas, que el bueno de su padre reembolsaba no sin un pataleo. En su testamento, evaluará en más de dos mil escudos los gastos consentidos entre 1730 y 1750 a ese hijo díscolo. Su madre le hizo llegar, a escondidas, en dos o tres ocasiones, algunos luises por medio de una sirvienta de buen corazón que hacía a pie las sesenta leguas que separan Langres de la capital.

¿Era aquello la miseria? Al menos una existencia precaria y en ocasiones pasaba un hambre canina. Por eso tuvo

que recurrir a expedientes de los que aún se reía en su vejez. El padre de Diderot conocía en París a un carmelita descalzo, fray Ángel de Santa María Magdalena.[12] Un buen día, Diderot fue a llamar a la puerta de su convento y dio a entender que sentía nostalgia de la calma, de la paz del claustro. Pero, antes de responder a esta llamada, ¿no era deber suyo reunir los mil doscientos francos necesarios para sacar de la vida de pecado a una pobre criatura desventurada que, sin él, acabaría perdiéndose? El monje pagó, contando que se los haría reembolsar a su padre. Algún tiempo después, Denis regresa a la gallina de los huevos de oro y le saca ochocientos o novecientos francos. Algunas semanas más y dice que está ya preparado, pero ¿puede entrar en religión sin un ajuar decente? Oliéndose finalmente la tostada, el monje le promete el ajuar en especie. Fue el final de la llamada de lo Alto: «"Hermano Ángel—le dijo mi padre—, ¿así que no queréis darme más dinero?". "Claro que no". "Pues bien, no quiero ser ya carmelita; escribidle a mi padre para que os pague…"».[13]

Denis debía de reírse contando su fullería a sus amigos. Nos gustaría saber quiénes eran éstos, pero no nos ha llegado ningún testimonio de sus relaciones, y tal vez frecuentó los lugares donde se reunía una bohemia no demasiado recomendable. En cualquier caso, conoció al poco escrupuloso La Morlière, el autor de *Angola*, un estafador con pintas de bravucón, que aparece en *El sobrino de Rameau*, o al misántropo Fougeret de Montbron, el autor de *Margot la Remendona*, al que llama «un tigre de dos patas».

[12] Véase B. T. Hanna, «Le Frère Ange, carme déchaussé, et Denis Diderot», *Revue d'histoire littéraire de la France*, LXXXIV, 1984, pp. 372-389.

[13] *DPV*, I, p. 15.